

Un extraño acompañante Caminando hacia Emaús, segunda parte **Pbro. Silvio Marinelli Zucalli**

*Retomemos una meditación sobre la narración
evangélica de Lucas 24, 13-34: el encuentro
entre Jesús resucitado y dos discípulos camino
a Emaús*

Jesús se acerca a estos dos discípulos camino a Emaús, pero tiene una identidad diferente de la que ellos habían conocido y, por eso, no lo reconocen.

Este acompañante afirma que no sabe nada de lo que sucedió y de su historia. Muestra interés en los acontecimientos, los provoca a la plática. Especialmente, los escucha.

El acercamiento a los que sufren psicológicamente empieza con estas actitudes: acercamiento, estímulos adecuados para que la persona se abra y comience a hablar y escuchar.

En la narración evangélica parece que el Señor casi pide permiso: «Disculpen, ¿puedo hacer este camino con ustedes? ¿No les molesto?» Parece un gesto de extrema delicadeza. La compañía no se impone, se pide con educación y respeto.

Muestra interés por su situación. Los escucha atentamente, permite que se aclaren despacio, no muestra nerviosismo. Esta actitud de paciencia, de escucha atenta y de respeto, hace brotar la confianza. Nadie puede bloquearlos: y hablan, cuentan su historia.

Luego de escucharlos, el Señor Resucitado los ayuda en una verdadera relación de ayuda.

Se pone en una actitud de ayuda a la clarificación de las emociones vividas y de los hechos acaecidos. A través de la Sagrada Escritura, citada y comentada, los conduce a «abrir los ojos», a ver más claro en su situación.

Hace surgir en sus corazones una nueva vitalidad; los corazones empiezan a «calentarse», a vibrar de nuevo con nuevos motivos para seguir caminando en la esperanza.

El acompañamiento de las personas consiste en este arte de ayuda para que puedan encontrar los motivos profundos y reales (no fantásticos o falsos) para seguir esperando y luchando por su felicidad.

El Señor Resucitado espera los tiempos de maduración de los dos, los deja libres, no los manipula con su inteligencia y no juega con chantajes emocionales para convencerlos.

Llama, además, la atención el hecho que Jesús, cuando lo reconocen, desaparece de su vista. La ayuda, para que sea verdaderamente noble y genuina, tiene que encontrar su fin.

La ayuda no puede ser eterna, porque en tal caso significaría que nuestra ayuda no ha sido verdaderamente libertadora de los recursos interiores de una persona, que todavía tiene necesidad de nuestra intervención. Una verdadera ayuda se acaba, cuando y porque nuestro interlocutor no necesita más de nosotros.

¿Cómo no ver en este episodio un ejemplo y un modelo para toda forma de educación, de verdadera formación y de acompañamiento?